



**¿Y si después
de tantas
palabras,
no sobrevive
la palabra!**

Con Eduardo Chirinos

Vallejo, el poeta que nos eriza

Jorge Eslava

¿Qué se llama cuanto nos eriza nos?

Se llama Lomismo que padece

Nombre nombre nombre nombrE

Homenaje a César Vallejo Mendoza

Una o dos veces por semana nos vemos con Eduardo y su esposa Jannine, en esta temporada que han prolongado su estadía en Lima. Además de nuestras conversaciones intensas y extrañas,¹ siempre tenemos diligencias que cumplir: revisar pruebas de imprenta, esbozar proyectos, asistir al teatro, ver alguna película peripatética... esta vez hemos quedado en una charla distendida sobre Vallejo. Pero no le he jugado muy limpio, pues he preparado un cuestionario exigente que exalta las inflexiones de una simple conversación. Él ni se inmuta, sonrío, contesta con presteza y lucidez. Su erudición mantiene un orden sorprendente, bañado, de manera natural, con la luz de los afectos.

¿Para explorar la poesía de Vallejo te fue indispensable rastrear en las vicisitudes de su vida?

No necesariamente. Mi primer contacto con la poesía de Vallejo fue —como el de muchos— en un texto escolar, pero bastó la lectura de esos poemas para convencerme de que las vicisitudes de su vida debieron haber sido excepcionales. Detrás de un poema excepcional hay una vida excepcional. Aunque a primera vista a muchos les parezca monótona y gris, como la de Eguren por ejemplo.

Se discute ahora sobre el aura emocional del poeta —si era taciturno o efusivo, austero o intemperante— en un

afán de reajustar su imagen. ¿Cuál es el retrato interior que tienes de César Vallejo?

El “retrato interior” que tengo de Vallejo (como el que tengo de todos los escritores que leo y admiro) se ha conformado a partir de la lectura de sus obras. No siempre tenemos la suerte (o la desgracia) de conocer de cerca a un escritor: a la mayoría de ellos no podemos preguntarles nada que no provenga de sus propios textos, así que no nos queda más que diseñar esa aura (que tal vez nunca tuvieron) a través de lo que nos dejaron en su obra. Y aunque debemos reconocer que un autor no siempre llega a parecerse a la imagen que los lectores nos hacemos de él, su obra lo perfecciona y justifica.

1 Nuestros últimos temas han sido la vida sexual de los arácnidos, las patologías sensoriales en las personas, los bestiarios de Cristo, el ajuar femenino en la Edad Media, la cinematografía sobre la enseñanza...

¿Y cuál crees que era la imagen que tenía Vallejo del ser humano? Versos como “Tú no tienes Marías que se van” o “Yo nací un día que Dios estuvo enfermo, grave” parecen hablar de una obra divina defectuosa.

Si Huidobro tenía la imagen del poeta como un “pequeño dios”, y Borges la de un jugador de ajedrez que es, a su vez, la pieza de otro jugador “detrás de dios”, Vallejo consideraba que el poeta mismo era la criatura defectuosa de un dios que, además, estaba enfermo. La genialidad de estos poetas se mide por la relación que establecen entre el acto de escribir poemas y el acto divino de crear. Es raro que hasta ahora nadie se haya detenido a considerar este aspecto religioso que distingue y hermana a estos tres grandes poetas.

¿Crees como Mariátegui que *Los heraldos negros* inauguran una nueva poesía en el Perú? ¿Pudo haberle bastado a Vallejo escribir ese libro para ubicarse como paradigma poético?

Lo que dice Mariátegui es cierto para el Perú. El llamado posmodernismo (que no fue más que su fase crítica, la apertura al provincianismo popularista o a la barroquización extrema) tuvo en el resto de Hispanoamérica excelentes poetas, cuyas obras abrieron el camino de la vanguardia: Leopoldo Lugones en Argentina, Julio Herrera y Reissig en Uruguay, Ramón López Velarde en México, Regino Boti en Cuba, Luis Carlos López en Colombia. En el Perú (donde el modernismo

estaba enquistado en los moldes de Chocano) ese honor le corresponde a la altísima obra de José María Eguren. *Los heraldos negros*, siendo un libro rompedor, es valioso si lo ponemos en perspectiva de sus libros posteriores. Tengo la sospecha de que si no hubieran existido estos libros, *Los heraldos negros* hubiera sido solo una brillante promesa, de las muchas que hay en la poesía peruana.

¿Qué impresión te causó la lectura de *Trilce*? ¿Qué edad tenías, hasta qué punto ese libro hermético te descubrió un nuevo lenguaje?

Fue una impresión devastadora, de esas de las que uno no se repone. Estaba en el colegio y (como les ocurre a muchos escolares) no entendí una sola palabra de lo que estaba leyendo, pero por primera vez tuve la intuición de que la poesía no estaba hecha para que se le entendiera, sino para que se la sintiera. Y, como lo sabemos todos, para sentir, amar o rechazar algo no necesariamente tenemos que entenderlo. Lo que Vallejo me decía en *Trilce* no me lo decía ningún otro poeta. Yo oscuramente comprendí que me hablaba desde las profundidades de la poesía y —lo que es más importante— me estaba convenciendo de que podía escribirla.

¿Te sigue pareciendo un libro fascinante y difícil? ¿Cuáles son las claves principales que has encontrado para desentrañarlo?

A través de los años me sigue pareciendo un libro fascinante *porque* es difícil. Pero no di-



fácil en el sentido en que lo es, por ejemplo, una adivinanza, un acertijo o un problema matemático; es difícil porque nos enfrenta de golpe a nuestra condición humana, que no tiene nada de fácil. De ese modo, ocurre la paradoja de que los poemas *nos dicen* una vez que el lenguaje se muestra insuficiente *para decirnos*.

Siempre me resultó muy gráfica la afirmación que Vallejo, especialmente en *Trilce*, más que referirse al dolor daba nacimiento a una expresión dolorosa. Como si su lenguaje nos acercara más a un acto exasperado...

Vallejo entendió mejor que nadie que el hombre atravesado por el dolor de su siglo y de sus miserias sociales y personales, solo podía ser expresado en un lenguaje que estuviera atravesado por ese dolor y esas miserias. Un lenguaje que mostrara con humildad y vergüenza sus costuras, sus remiendos, sus inesperadas caídas. Vallejo expresó mejor que nadie lo que significa proponerse hacer hablar al dolor en vez de hablar del dolor.

Parece haber consenso de que la cima del poeta está en *Poemas humanos*. ¿Eres de la misma opinión?

Soy de la misma opinión. De la misma manera que muchos críticos no pueden explicarse el enorme salto que hay de *Los heraldos negros* a *Trilce*, a mí me cuesta explicarme la genialidad que supone el salto mortal de *Trilce* a un libro donde lo doloroso, lo indecible y la imperfección están al servicio de la solidaridad humana expresada en la más alta poesía. Han pasado los años y no puedo leer sin emocionarme poemas como "Me viene, hay días, una gana ubérrima" o "Considerando en frío, imparcialmente".

A pesar de la dimensión metafísica de su poesía, ¿dirías que Vallejo es fundamentalmente un poeta de la tierra?

De la tierra en el sentido en que su búsqueda siempre fue subterránea. A diferencia de Huidobro (poeta de espacios aéreos y estelares) y de Neruda (poeta de aguas oceánicas y sonámbulas), Vallejo es un poeta minero.

Un poeta que busca en las vetas de la tierra la palabra caída.

¿Crees que la pérdida de la inocencia es el principal aporte que hace en nuestra poesía?

Sí, tanto si entendemos la inocencia como lo opuesto a la culpabilidad (la comunión cristiana en Vallejo, al igual que su compromiso marxista, estuvo fuertemente marcada por la culpabilidad) o como sinónimo de ingenuidad creativa. La poesía peruana a partir de él perdió para siempre esa idea de que escribir poemas era juntar palabras que sonaran bien para celebrar una efemérides o adular al dictador de turno.

¿Qué lugar ocupa el sustrato político de Vallejo en su creación intelectual?

Sin duda un lugar determinante. Pero eso lo podemos decir de cualquier artista. Incluso si se trata de un artista apolítico: si su obra trasciende el mero deseo de expresarse biográficamente, estará en condiciones de expresar —tal vez mejor que un tratado sociológico— las vicisitudes políticas de su época.

Además de la poesía, sabes muy bien que Vallejo cultivó la narrativa y el teatro, el ensayo y el periodismo... incluso tentó el guion cinematográfico. ¿La versatilidad y hondura de su producción lo convierte en el escritor peruano más completo?

Creo que “un escritor completo” no es tanto el que practica varios géneros literarios, como el que integra sus múltiples labores creativas a un núcleo vital, de modo que haga indistinguibles los géneros. Ese núcleo puede ser la poesía, la novela, el teatro, el cuento. En nuestra tradición literaria es lo que quiso ser Valdelomar, quien consiguió pasar a una discreta inmortalidad con sus cuentos. O alguien como Sebastián Salazar Bondy, quien es recordado, además de por sus poemas, por su ensayo *Lima la horrible*. Lamentablemente, el pasaporte al parnaso peruano solo cuenta con un casillero para marcar género: los demás son solo satélites con suerte irregular y, en muchos casos, prácticamente nula.

¿Y por qué te parece lamentable?

Porque en otras tradiciones no existe aquello de “novela de un poeta” o “poemas de un novelista”, una manera condescendiente de juzgar los extravíos de un escritor que se escapa del género que le ha sido asignado. En este sentido, me da la impresión de que Vallejo es percibido como el autor de una portentosa obra poética gracias a la cual accedemos a piezas narrativas y teatrales que, hoy por hoy, son coto privado de los especialistas. Se trata de poner en perspectiva su obra teatral y narrativa sin perder de vista su poesía (el núcleo esencial de su obra), pero sin someterla a ella. Ahora bien, si me preguntaras con cuál de los géneros no poéticos cultivados por Vallejo me siento más cómodo, te diría que con sus crónicas periodísticas (ison geniales!) y sus ensayos a medio camino en-

tre el apunte de viaje y la observación meditada.

¿Con quién te hubiera gustado tener una larga conversación: con Vallejo o con Eguren? ¿Cuál hubiera sido el escenario ideal? ¿Qué temas hubieras abordado?

En una película de los hermanos Marx, de cuyo nombre no puedo acordarme, ocurre la siguiente escena: El camarero de un restau-

rante se le acerca a Groucho y le pregunta "¿té o café?", a lo que Groucho contesta: "Sí, gracias". Una manera humorística de saltarse a la torera la obligación de elegir a la que nos vemos sometidos diariamente. Así que mi respuesta no será nada original: "¡Sí, gracias!". A Eguren me hubiera gustado acompañarlo en algunas de sus caminatas diarias de Barranco al centro de Lima. A Vallejo acompañarlo en la banca de algún *boulevard* parisino, bien abrigado porque es otoño y hace un poco de frío.